GENOVEVA GUENOCHE.

TENTATIVA DE SUICIDIO.—DOS NIÑAS AHOGADAS.

Genoveva se crió en el hospicio de espósitos de Nevers, y poco despues de haber llegado á su mayor edad se casó con Roulot, honrado jornalero de Saint-Leger-Beuvray, cuya union dichosa duró como cuatro años y medio; recreándose en dos niñas fruto de su matrimonio, la una de edad de tres años y medio y la otra de un año no completo. Por desgracia, malas lenguas quisieron atribuir á Genoveva relacion ilícita con un tal Chaussivert, en cuya casa habia servido antes de su casamiento. Semejantes rumores llegaron á oidos de Roulot y despertaron sus celos. El 15 de Agosto de 1848, se recogió á una hora regular, y desde su cama oyó que su mujer estaba en conversacion con Chaussivert cerca de la casa. Aunque lo que hablaban era inocente y nada ofensivo, se levantó, salió furioso, y arrojó á Chaussivert un trozo de madera; entró en seguida con su mujer, y le dirigió vivas reconvenciones, aunque sin hacer uso de las vias de hecho. En dos dias no se hablaron; pero el 17 se reprodujeron las querellas, y habiéndolo amenazado Genoveva con que se separaria para siempre de la casa, su marido le mostró la puerta y la mandó que se saliese inmediatamente. Genoveva tomó á sus dos niñas, dándole un adios eterno al techo conyugal.

Aturdida, y desesperada, emprendió su camino sollozando y llena de angustia; pero una vecina llamada la Quatrin, la vió en ese estado y la llamó varias veces; y viendo que no la hacia caso, la siguió y alcanzó en el bosque de Raulan, donde acababa de caer en el suelo desfallecida. Habiéndose impuesto la Quatrin de la causa de su afliccion y de su fuga, intentó, pero inútilmente, que volviera con su esposo. Genoveva continuó caminando impelida por una idea fatal é indefinible hácia el estanque de Banlan. A la vista del agua sintió en su corazon un deseo ardiente é irresistible de morir. Llegada al borde, el aspecto del fondo la hizo vacilar un momento; pero sentándose en el borde del precipicio, y vuelta la cabeza al lado opuesto, estrechó en sus brazos á sus dos criaturas y se dejó caer al agua.

Los desgraciados inocentes perecieron al momento; pero su madre no pudo seguirlos á la muerte que esperaba recibir con ellos. No se sabe cómo flotó su cuerpo á flor de agua hasta llegar á un tronco de árbol que le sirvió de apoyo, y entonces el instinto de la conservacion alentó vivamente el ánimo de aquella desgraciada por haber hallado un medio de salvar su vida; así es que apoyando la cabeza á la cepa ó tronco, gritaba con voz desfallecida llamando á su madre; á su madre que no conoció jamas, como para invitarla á un horroroso espectáculo; los minutos que duró esta lucha entre la vida y la muerte, no los pudo decir Genoveva Roulot. Entre tanto, la calamidad hizo que se presentase allí un jóven y se acercase al estanque, donde llamaron su atencion los gemidos de aquella mujer; y con el ausilio de otras personas que buscó, lograron arrancarla de la muerte, teniendo aun en sus brazos los cadáveres de sus hijas.

La justicia intervino para decidir con su fallo si Genoveva habia incurrido en la pena de asesinato, ó si al contrario habia sido inducida por la desesperacion y por una afeccion de cerebro, que la dejaba sin defensa contra una idea fatal de buscar en la muerte un remedio á los males y al infortunio de sus hijas.

En una causa tan delicada, donde se trataba de investigar el fondo del corazon humano, hubo una discusion muy grave y solemne. Mr. Fondet, encargado de la defensa de Genoveva, obtuvo su libertad.

MARIA READ Y ANA BONNY.

Hácia el fin del siglo XVII nacia en Inglaterra una niña, cuyo orígen estaba consignado al oprobio y á la miseria. La mujer que la daba el sér, habia abandonado el lecho conyugal, llevando en su seno el fruto de un amor criminal. La acompañaba otro hijo, que aunque legítimo, habia sido rechazado por su padre, y que sobrevivió poco á su maldicion. Al cabo de un año murió, y la esposa adúltera vió desvanecerse el único lazo que podia reconciliarla con la familia del que habia ultrajado. Agobiada por el sufrimiento y las necesidades, resolvió implorar, si no el perdon, á lo menos la piedad en favor de la hija que no tenia culpa para soportar la pena de un crímen del que estaba inocente. Cuando llegó á Lóndres supo que habia muerto su marido; y entonces premeditó un proyecto, que reanimó su corazon con esperanzas lisonjeras. Hizo que su hija trocase su ropaje por el de hombre y lo presentó á la madre de su marido, haciéndole creer que era su nieto; y aunque fué acogida con desconfianza, sostuvo con firmeza su mentira, y obtuvo un socorro mensual, que aunque módico bastaba para mantenerse. Entonces se propuso inculcar en su hija unos sentimientos varoniles, una voluntad decidida, disposiciones enérgicas, y unos gustos y modales propios del secso cuyo ropaje llevaba; este estraño plan tuvo un écsito mas feliz de lo que esperaba, y cuando ella confió á su hija, ya de edad de trece años, el secreto de su nacimiento y los infortunios de su vida, encontró en ella una alma llena de vigor, incapaz de doblegarse ante las ecsigencias de la posicion difícil que guardaban. María Read (este era su nombre), se entregó con mas ardor que nunca á todos los ejercicios propios para el desarrollo de sus fuerzas físicas: se dedicaba á afrontar los peligros y á vencerlos, y en el curso de esta relacion que contiene la vida aventurera y romancesca que tuvo, verémos que ni un solo momento desmintió su energía y fortaleza.

Su abuela murió, y solo le dejó un mediocre patrimonio que pronto se agotó, en términos que le amenazaba la miseria, y era forzoso pensar en los medios de poder subsistir en la gran ciudad de Lóndres. María se acomodó de lacayo en la casa de una señora de calidad; pero semejante vida no era conforme con su carácter indomable, y esta alma vigorosa que repugnaba la esclavitud doméstica, tenia necesidad de libertad y de emociones violentas, y como la sofocaba la librea de lacayo, abandonó al punto su nueva condicion, y abrazando á su madre, se acomodó en una embarcacion de guerra que salia para Flandes, en donde tan pronto soldado como caballero, se hizo célebre por su valor irresistible. María al fin se dió á reconocer como mujer y se casó con un jóven soldado nombrado Frank, estableciendo ámbos una posada en Breda.

Parece que habia terminado ya la vida novelesca de María; y en efecto, es probable que desde entonces, hubiera sido su ecsistencia tranquila y vulgar,

si una circunstancia imprevista no la hubiera impelido á nuevas proezas y nuevas agitaciones.

Despues de algunos años de una union dichosa con su marido, quedó viuda María, y como todo cambia y se trastorna, la posada de Breda perdió todo su esplendor y reputacion, agotándose prontamente sus recursos. Entonces María realizó lo que le quedaba y partió de allí, sin decir á nadie donde se dirigia.

Al fin del siglo XVII, y primeros años del XVIII, se hallaban los mares infestados de piratas, cuyos numerosos bajeles atacaban á los de todas las naciones, sin respetar ningun pabellon: guerreros infatigables y aventureros dichosos, estos flibustieros habian llegado al grado de inspirar un terror general por la impetuosidad y audacia de sus agresiones. La historia ha conservado los nombres de muchos de estos corsarios que durante algunos años ejercieron sobre los mares un imperio tiránico. Se emplearon muchos medios para reprimirlos, las amenazas, los suplicios y la guerra sin cuartel; pero sus buques se reproducian sin cesar, y el gobierno de las Indias occidentales quiso aventurar si la dulzura y el perdon tendrian mejor écsito que la fuerza; por lo que publicó una amnistía general. Esta medida produjo felices resultados.

Un acontecimiento que produjo la imprudencia de algunos gobernadores, hizo renacer de nuevo la piratería. Woods, gefe de la *Providencia*, invitó á todos los que quisiesen armar bajeles de corso para cruzar los mares contra los españoles. Se organizó una escuadra formidable de esa clase de buques; pero apenas salian á la mar, cuando por medio de sublevaciones se deshacian de sus gefes y se entregaban á la piratería ellos solos para su provecho.

En la dotacion de uno de estos bajeles, mandado por el célebre flibustiero Rackam, se encontraban dos marineros tan valientes como diestros; eran los primeros en un abordaje, los últimos que dejaban el lugar del combate; y cada dia se les veia afrontar los mas grandes peligros, los cuales parecian como necesarios á su ecsistencia, y cuando en los dias de calma no veian aparecer por el horizonte una vela que les anunciase una presa que atacar, se entretenian en hablar de los combates venideros, y de los despojos que esperaban. Aunque ambos tenian una vida igual, desafiando los riesgos con el mismo ardor, separaba á ámbos una distancia enorme. El uno tenia en el alma algo de caballerosidad y nobleza de que el otro carecia: la guerra era para los dos marinos, una necesidad; pero para el uno era una necesidad de aventuras al azar, una especie de predestinacion de la ley que obedecia su corazon. El otro peleaba con encarnizamiento, ansiaba el pillaje, y se complacia en las lágrimas y los sufrimientos de los heridos y moribundos. Al ver al primero, su semblante revelaba el fondo de una alma dotada de nobles sentimientos, y si el vacío de esa ecsistencia se hubiera colmado, hubiera sido capaz de grandes y bellas acciones. Al contrario el segundo: denotaba una ciega energía para satisfacer las mas ardientes pasiones; pues la resistencia le irritaba y los obstáculos redoblaban su esforzada voluntad. Tales eran los soldados favoritos del capitan Rackam.

En una de esas bellas noches de estío en que la luna hace reflejar su luz en la inmensidad de las olas é inspira las ideas mas fantásticas y poéticas, uno de los dos marinos de que hablamos, velaba sobre la cubierta de guardia. El espectáculo que se presentaba á su vista, impresionaba vivamente su alma á pesar de que le era ya tan comun, y sus pensamientos y meditaciones se fijaban en los años agitados que habian rodeado su ecsistencia.

Repentinamente percibió los pasos que á su espalda daba una persona que se acercaba misteriosamente, y volviendo el rostro para reconocerlo, vió que era su compañero.

Silencio, le dijo este con un acento conmovido: silencio, no me pierdas, ni te asuste el secreto que voy á revelarte. Creo que ambos tenemos sobrado ánimo para sustraernos al peligro que nos amenaza; mañana tocamos la tierra, y vengo á proponerte la fuga, y el abandono de este buque.

—¡Huir, y por qué? ¿No es esta embarcacion nuestra patria, y la que nos concede un asilo? ¿No somos nosotros unos criminales á quienes espera el suplicio?

—¡Es verdad, es verdad! ¡pues bien: entonces acepta el mando de esta patria comun; sé nuestro gefe! ¿qué, ves este puñal? añadió, enseñándole una ancha hoja que brillaba á la luz de la luna: dentro de algunos minutos, si quieres, él te constituirá gefe y Rackam habrá dejado de existir.

—¿Asesinar á Rackam? ¿Por qué causa? ¿De qué crímen es culpable contra nosotros ó contra la tripulacion?

—¿Culpable? no; pero yo, yo soy el criminal, prosiguió con una exaltacion enardecida: tú no sabes quien soy....¡ah! soy una esposa adúltera; he abandonado á mi marido y á mi hijo por seguir á Rackam, á quien amaba....á quien creia amar. Pero despues que te he visto, que he sido tu compañero, conozco que no le amaba,....y....¡por él he abandonado á mi hijo!

Estas palabras estremecieron á aquel á quien se dirigian.

—¡Qué, esclama: ¿vos teneis un hijo? ¿y habeis podido adandonarlo?....en seguida, enjugándose una lágrima y tomando la mano del que le habia hecho una confesion tan estraña, le respondió: Calmaos: nosotros podemos amarnos sin necesidad de ser mas culpables: la amistad de dos hermanos no puede ultrajar á un amante: yo tambien soy mujer.

La que así hablaba era María Read, y la otra se nombraba Ana Bonny.

María, despues de la muerte de su marido volvió á vestirse de hombre, y se acomodó en un bajel; pero hecha prisionera por unos corsarios ingleses, se vió obligada á quedarse con ellos, y ocultando cuidadosamente su secso, se distinguió por su valor y audacia. Desde entonces se entregó para siempre á esa vida de aventuras, combates y peligros, sin haber podido desprenderse de las cadenas que la retenian en ella.

El buque que mandaba Rackam y en el que estaban María Read y Ana Bonny, fué una vez perseguido con tenacidad durante varios dias por una embarcacion de guerra inglesa, y á pesar de todos los esfuerzos que hicieron los piratas, para evitar un combate en el que eran inferiores tanto por el número como por las armas, se resolvieron ya en el último estremo á resistir el abordaje. El choque fué desesperado; mas toda la tripulacion quedó prisionera. Ana y María fueron los últimos que se resistieron, y despues de una defensa obstinada, fueron llevadas con sus compañeros al bajel inglés que los condujo á Puerto Real en la Jamayca.

Quince dias despues, el 16 de Noviembre de 1720, se reunió en Santiago de la Vega el tribunal del almirantazgo bajo la presidencia del magistrado Nicolas Laws, haciendo presentar á todos los prisioneros. El proceso fué instruido con rigidez, limitándose solamente á identificar las personas, y se falló la sentencia de muerte contra todos.

María la escuchó con serenidad; pero al momento de retirarse los miembros del tribunal, se levantó de nuevo y suplicó que fuese oida durante algunos minutos; un solemne silencio reinaba en el vasto recinto del tribunal.

Señores, dijo María con un acento de calma: vuestra sentencia es justa y así no imploro vuestra piedad: ¡ojalá mi muerte desarme la justa indignacion del cielo!....pero os he engañado, señores: yo soy mujer y pronto voy á ser madre....El cielo me es testigo que no aspiro á prolongar esta miserable existencia; deseo morir con todas veras; pero creo que Dios no perdonaria á una madre que arrastrase á la muerte al fruto de sus entrañas!

Guardó silencio, y volvió sus miradas á Ana Bonny que estaba á su lado, impasible y como si fuese de mármol; pero al penetrar las ardientes miradas de María, se estremeció todo su cuerpo, sin articular una sola sílaba, ni escapar un solo suspiro: cada uno esperaba con ansiedad el desenlace de esta escena tan estraña como imponente.

—Ana: esclama Maía de repente: Ana; tú no hablas, no oyes rugir la ira divina? ¿no temes que la venganza del cielo no se mitigue?

Ana bajó los ojos y no movia los labios....

Señores, dijó María: evitad un crímen mas: esta es mujer tambien, y vá tambien á ser madre.

Una viva agitacion recorrió el auditorio. El tribunal rectificó la sentencia de muerte, pero ordenó una próroga para su ejecucion. Vueltas las dos mujeres á la prision, renovaron sus declaraciones; mas poco tiempo despues Maria fué atacada de una fiebre aguda que la hizo sucumbir á los pocos dias. Respecto de Ana, la víspera de la ejecucion de Rackam obtuvo éste el permiso de verla en su prision; mas cuando lo percibió la prisionera, elevando sus manos cargadas de cadenas, las lanzo con indignacion á los ojos de aquel, diciéndole enardecida:—Rackam, yo te desprecio; eres un hombre y mueres en un patíbulo; marcha de aquí. El carácter enérgico de esta mujer no se desmintió una sola vez. Despues de su alumbramiento pidió con instancia que fuese ejecutada; pero no se le concedió esta gracia y murió en la prision.